

¿Por qué D<sup>a</sup> Inés no podría dominar al rey hijo?  
Poner en pugna á la rejeta con el rey menor de edad,  
era el gran problema.

Conseguir el cariño de Carlos II era el medio.  
Carlos II era casi un niño, ¿pero esto qué le importaba á  
D<sup>a</sup> Inés? Ella sabría despertar en aquel jóven corazon ig-  
noradas pasiones y desconocidos sentimientos.

¿S él era un niño, mejor: á un niño es mas facil seducir  
que á un hombre.

La empresa presentaba sus dificultades, pero no era  
irrealizable, y D<sup>a</sup> Inés estaba decidida á todo.

## VII.

Como D<sup>a</sup> Inés de Medina comenzó á dar traza de ganarse el corazon de  
un niño, y lo que alcanzó en esta empresa.

**N** el año de 1675 se le habia puesto ya su casa  
al rey. Valenzuela, como árbitro de todos los  
destinos, habia hecho los nombramientos á su gus-  
to; procurando y creyendo con esto, atraerse ami-  
gos y partidarios entre los agraciados.

El duque de Alburquerque habia sido nombrado mayor-  
domo mayor; el Almirante de Castilla, caballero mayor y  
el duque de Medina, sumiller.

Con estas personas que rodeaban al rey, y que debian  
naturalmente poseer su confianza; meditó unirse D<sup>a</sup> Inés  
para lograr sus planes.

El duque de Alburquerque era uno de los mayores ami-  
gos del marqués de Rio-florido, y como tal frecuentaba la  
casa de éste.

D<sup>a</sup> Inés, que no tenia ya interés en permanecer en pala-  
cio, solicitó separarse del lado de S. M. prestando una  
enfermedad, y Valenzuela con el deseo de verse libre de  
ella, porque le parecia un testigo importuno, influyó pa-  
ra que le fuese concedido sin dificultad.

D<sup>a</sup> Inés, en la casa de su padre, procuró una oportunidad para encontrarse á solas con el duque, y lo consiguió.

El duque no era un jóven, pero aún estaba en la fuerza de la edad; esto era tanto como estar todavía en estado de ser bloqueado y aún rendido por los dos lindos ojos de D<sup>a</sup> Inés.

La jóven lo comprendía: ¿qué mujer no conoce al primer golpe de vista la combustibilidad de un hombre? ¿qué mujer no comprende en qué corazon es capaz de abrir una brecha?

Hay hombres de los cuales puede una mujer asegurar sin vacilacion que están libres solo por la misericordia ó por la indiferencia de ella, y la hija del marqués de Medina no era de las mas torpes en este conocimiento, ni el duque de Alburquerque le parecia á ella una plaza tan inespugnable, como Sagunto ó Numancia.

Aprovechó la primera oportunidad y comenzó las operaciones de la campaña: para llegar al niño necesitaba rendir al hombre: era preciso hacer del duque un aliado para tener en el jóven rey un instrumento.

—Contento debe estar vuesa merced—dijo al duque—al lado de S. M. el rey, que segun me dicen tiene un natural amable y bondadoso.

—Lo estoy en efecto—contestó el duque—que S. M., aún siendo como es un niño, en su temprana edad manifiesta tanta discrecion que envidiarle podria un anciano experimentado; pero á propósito, si no temiera pasar por indiscreto, me atreveria á preguntar á vuesa merced, señora, ¿por qué motivo se ha separado del lado de la reina? decíanme que vuesa merced era una de las damas á quien mas distinguía.

—Así era en verdad, pero hay ocasiones en que no es posible hacer lo que se desea; de buen grado hubiera seguido al lado de S. M.

—¿Pues qué le ha impedido hacerlo á vuesa merced?

—Quizá sea hoy la primera vez que lo confiese, y eso merced á la gran confianza que me inspira la caballerosidad de vuesa merced y el cariño con que siempre me ha distinguido. . . .—D<sup>a</sup> Inés lanzó al duque una mirada tan dulce, que él tuvo necesidad de contenerse para no hacer una locura.

—En palacio—continuó D<sup>a</sup> Inés—las cosas van muy mal; perdóneme vuesa merced esta confianza, pero la verdad es que ya D. Fernando de Valenzuela manda en el reino tan á su sabor como no lo hizo en sus tiempos el padre Nitar-do, y S. M. le escucha y le atiende como ni escuchó ni atendió nunca á su confesor.

El duque, como todo hombre que habla con una mujer que le alucina, aprovechó la oportunidad para tratar de puntos amorosos.

—¿Y cree vuesa merced—dijo á D<sup>a</sup> Inés—que sea cierto eso que el vulgo refiere acerca de los amores de Su Majestad?

—Para contestar necesito antes hacer á vuesa merced otra pregunta, ¿estuvo vuesa merced en la última lid de toros?

—Sí, ciertamente.

—Entonces no sé cómo me pregunta de los amores de S. M.

—¿Por qué?

—¿Recuerda vuesa merced lo que allí pasó el primer dia? Valenzuela se presentó en la arena con plumero blanco y

negro, que por la viudedad, son los colores de la reina nuestra señora.

—En efecto.

—En el pecho llevaba atravesada una ancha banda, negra tambien, y en bordado de plata, una águila que miraba al sol; ¿y recordará vuesa merced el mote?

—No recuerdo.

—Este, que harto significativo es en verdad, en derredor del águila decia: *solo yo tengo licencia*.

—Soberbio mote.

—Y el mismo que tenia en los juegos de cañas en derredor de un Júpiter tonante.

—Esto tanto quiere decir.....

—Como que *él solo tiene licencia*.

—Pluguiese á Dios que yo pudiera decir lo mismo—dijo intencionalmente el duque.

—¿Por S. M?—preguntó maliciosamente D<sup>a</sup> Inés.

—Si por jerarquía no es majestad, la dama en quien pensaba al decir eso, reina y señora es por su belleza y discreto ingenio.

El duque queria aprovechar la oportunidad, porque D<sup>a</sup> Inés le seducia, y D<sup>a</sup> Inés estaba muy dispuesta á sucumbir porque necesitaba del duque, pero él no lo sabia y estaba tímido.

—¿Y quién es ese portento de belleza?—preguntó la jóven finjiendo inocencia....

—Es una tan modesta belleza que oye mis palabras y cree que se dirijen á otra, que se oye proclamar la reina de las hermosas y aún busca quién es la reina.

—¡Ay!—dijo D<sup>a</sup> Inés—¿pero está aquí con nosotros alguna dama? y volvió el rostro como buscando si estaba

allí otra mujer á quien pudiesen convenir las galanterías del duque.

—¿Lo ha visto vuesa merced, señora? ¿quién busca en este momento otra dama á quien aplicar el justo homenaje que se la tributa?

—Entonces yo!.....

—Sí, vos, señora: ¿qué tendria de estraño que yo tuviera honra y grandeza en servir á vuesa merced?

—De estraño nada, señor duque.... pero.... quizá no lo creeria yo tan fácilmente.

—Sí lo creeria vuesa merced, porque el amor no necesita pruebas, sino que al punto se adivina, se palpa si es cierto ó finjido.

—Al menos algo de constancia en el pretender.

—Eso no lo haria por cierto mejor, que el oro es oro, probado ó no.

—¿Pero y si no lo fuera?

—Os respondo de que lo es.

—¿Quién sabe? ¿Se sujetaria vuesa merced á la prueba?

—Es decir, señora, al tormento.

—Por ser como dice vuesa merced tan gran bien el que ha apetecido....

—Me sujeto, si al fin viene el premio.....

—Vencida la prueba, vendrá.....

Prolongóse así un poco la conversacion con esas frases triviales de los amantes que no entran aún de frente en materia, y el duque se retiró lleno de ilusiones y D<sup>a</sup> Inés quedó llena de esperanzas.

Uno al otro creian haberse engañado, pero en aquella partida la dama debia triunfar; ella sabia el objeto que guiaba al duque, y él ignoraba el plan de su enemiga.

Desde aquel día las visitas del duque á la casa del marqués de Rio-florido fueron diarias; el marqués, siguiendo sus costumbres, se preocupaba muy poco de lo que hacia su hija, y ésta no perdía ocasion de hablar con el nuevo galán, avanzando cada vez mas y mas en la conquista de su voluntad.

Llegaron al fin á tratarse con la confianza del amor correspondido. D<sup>a</sup> Inés, que nada sentía en su corazón, acechaba el momento de indicar al duque sus proyectos, segura ya de que nada esponía.

—Contaban en la corte—decía el duque á D<sup>a</sup> Inés—que habías en un tiempo amado á Valenzuela.

—¿Yo?

—O al menos que él buscaba tus amores.

—Puede eso haber sido, pero no se gloriará de haberme visto blanda á sus requiebros.

—Eso mismo habia yo dicho, aunque se dice que hombre de gran fortuna es para con las damas Valenzuela, como lo podrá asegurar S. M.

—Y á propósito de S. M. y de Valenzuela, ¿será posible que al padre Nitardo haya sucedido este hombre, y que se burle así de toda la nobleza y del príncipe?

—¿Qué remedio queda? S. M. no prescindirá de este como de su confesor, que con éste la ligan otros vínculos mas tiernos y mas estrechos, y paréceme á mí que éste no se espantará del príncipe D. Juan aunque le mirara llegar con triple número de gente de la que trajo para derribar al otro.

—Triste suerte la nuestra, que de sufrir tenemos siempre en la corte el dominio de un hombre que no es el rey.

—Eso cesará tan pronto como S. M. el rey Carlos empuñe por sí las riendas de la monarquía.

—¿Y eso estará lejos?

—Creo que sí, por desgracia.

—Y si alguien quisiera, podría acortar el plazo.

—¿Y quién será ese?

—¿Quién? el duque de Alburquerque.

—¿Yo, D<sup>a</sup> Inés?

—Sí.

—¿Pero cómo?

—¿Quiénes rodean al joven rey? tú, el almirante de Castilla y el duque de Medina-Cæli. Si todos tres, quisieras, el rey se decidiría á gobernar por sí, y llamaría á su lado al príncipe D. Juan, y acabaría esa tutela en que á la España y á él tiene D. Fernando de Valenzuela: ¿el rey, aunque joven, tiene inteligencia suficiente para hacerle comprender el mal y el remedio?

—Sí que la tiene.

—Pues bien, unios los tres; convencedle, y salvais la monarquía.

El duque se puso pensativo, y quedaron ambos en silencio.

—Tienes razón, Inés mia—dijo al fin el duque—tienes razón; tú has pensado mejor que nosotros; hablaré al duque y al almirante; creo que no tendrán inconveniente en ayudarme y conseguiremos del rey que se emancipe de esa tutela, que llame al príncipe: es un pensamiento feliz.

—Pues Dios te conceda, duque, la energía suficiente para llevarla á cabo.

—Pensando en que mi amor me la ha inspirado, no desmayaré

—Y entonces seré enteramente tuya, te lo prometo.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

¿Y si sucumbo en la empresa? ¿y si el valido de la reina triunfa? ¿y si yo tengo que huir á ocultar mi desgracia y mi derrota?

—Entonces tambien seré tuya.

—¿Es decir que tú no exiges de mí, Inés, mas que el combate, la lucha, cualquiera que sea el éxito?

—Sí, con tal que luches con fé y con enerjía.

—Lo verás, porque voy á luchar, porque tú lo quieres y porque la causa es noble y justa.

El duque, verdaderamente entusiasmado, salió de la casa de D<sup>a</sup> Inés, decidido á todo.

## VIII.

Como Valenzuela miró cruzar la primera sombra en el cielo de su fortuna.

**R**APIDA ha marchado nuestra narracion, pero no por eso debe creerse que el valimiento de D. Fernando y sus amores pasaron pronto y duraron poco.

Los acontecimientos referidos se comprenden y se saben en un instante, aunque para verificarse hayan necesitado medio siglo.

Y es porque el espíritu del hombre fué hecho á semejanza de Dios: con un solo pensamiento lo abarca todo, menos el infinito: lo comprende todo, menos la eternidad; la eternidad y el infinito son las frutas vedadas al entendimiento en el paraíso del espíritu; están reservadas para la divinidad.

Algunos, como Adan, han pretendido tocar el árbol vedado: la serpiente del orgullo les ha seducido; han llegado á tocar los umbrales del misterio, y al volver el rostro escuchando la risa de los demás hombres, han comprendido que estaban locos, que habian perdido la razon, es decir, el Eden.

Pero en las cosas del mundo no sucede lo mismo.